

las osamentas humanas!" ¿No es verdad, señor consejero áulico Heinrich Viererdt?... ¿No es verdad, no es verdad, tío Ulrich?... ¡Sí, sí! Es justo. ¡Que se les arranque la lengua!... ¡Que se les arranque la lengua!...

Arrastrada por su prosopopeya, Amalia no se había dado cuenta al pronto de que el tío Ulrich, sacado de su letargo por el eco de este furor vengador que estallaba sobre su cabeza, la miraba fijamente con ojos de espanto y abría una boca horrible, que en vano intentaba responderla...

¡De pronto Amalia vió aquello! ¡Vió aquella boca!... Se inclinó sobre ella con una alegría exacerbada... Y levantándose exclamó con un gesto de victoria:

—*En fin, ya no le oiré clamar: «Deutschland über alles!»*

## XXI

**Lo que significaba la promesa  
del capitán Hyx.**

**A**MALIA no hubiera sido la dulce y tierna criatura que yo conocía, si después de semejantes transportes, hartos explicables en su situación, no se hubiera deshecho inmediatamente en lágrimas y no hubiera recomendado al doctor que cuidara al tío Ulrich como a un pariente amado.

Por lo que a mi respecta, ella me condujo a su cuarto, en donde se encontraban sus hijos, y allí, lejos de miradas extrañas, nos compadecimos de modo adecuado acerca de nuestro infortunio.

Mientras ella suspiraba junto a mí, mis manos acariciaban los cabellos del pequeño Carolus. Dorotea y Heinrich jugaban, ¡ay!, "a la guerra", como si ya no se acordaran de la trágica escena que acababa de tener lugar ante el hombre enmascarado y como si no hubiera en el mundo juego más agradable que ése.

Como es natural, Heinrich mandaba un submarino que hundía todos los barcos de Inglaterra, y Dorotea se había puesto una servilleta en la cabeza para hacer de dama de la Cruz Roja. ¡Dichosa edad!

Amalia me hizo entonces la confidencia de que a lo primero le había chocado el heroico encarnizamiento que yo había puesto en seguirla hasta su prisión, y que ésta era una de las razones por las que no me había acogido con grandes demostraciones.

Como era muy piadosa, había atribuido su desgracia a la común alegría que habíamos experimentado al encontrarnos en Funchal, y lo consideraba como el castigo que semejante "pecado" tenía que traer fatalmente consigo. Por eso me había mirado mal a lo primero, por la profana conversación a que se había dejado arrastrar tan fácilmente en la misa del gallo.

Sin embargo, Amalia no había perseverado en tan flagrante injusticia. Había podido apreciar que las cosas estaban preparadas desde hacía mucho tiempo, y que aun cuando yo no me hubiera encontrado en Madera no hubiesen acaecido de otro modo.

Esta idea la dejaba ahora en absoluta libertad de expresarme sus sentimientos hacia mí, y no me ocultó que éstos rebotaban agradecimiento y amistad.

Me agradeció sobre todo que no hubiera vacilado en sacrificar mi libertad por ella en el momento en que emprendiera su gran tentativa cerca de su marido.

—Ha salido usted garante de mi buena fe— declaró con ternura—, y se ha ofrecido usted como rehén. Se expone usted a ser mártir. Y todo por mí, que nunca le he causado nada más que dolores...

Yo protesté suplicándola que no se fijara más que en la salvación de sus hijos, así como en todo el bien que podría derivarse de un paso como el que iba a dar si lograba convencer al almirante von Treischke.

—Si sólo se tratara de él—replicó— respondería con seguridad, porque él querrá salvar a los pequeños; pero está toda la camarilla. De todos modos, yo no desespero de hacerles entrar en razón a todos, gracias al ascendiente de mi marido. A ellos no les conviene crearse todos los días, a causa de su intransigencia, enemigos más temibles que ellos y que acaban por disponer de armas más crueles que las suyas. En fin, amigo mío, ¿qué quiere usted que le diga? Haré lo que pueda; pero no dejaré de pensar en usted; sabré que está usted aquí, que vela usted por los pequeños y esto me dará valor para no volver sino con el tratado que nos libertará.

—¿Cree usted que el almirante la dejará volver?—le pregunté yo.

—Sin duda, tratándose de los niños, sí. ¿Y cree usted—me replicó ella—que si el capitán Hyx hubiera podido ferner que no volviese, me habría prometido dejarme partir?

Yo no supe qué contestarla, porque lo que acababa de decirme era tan siniestro en lo que a ella le concernía particularmente, que no pude

hacer otra cosa que volver la cabeza para ocultar mis lágrimas. La pobre mujer se daba, pues, cuenta de que la *venganza del Vengador* la necesitaba también a ella. Mas tan horrible pensamiento no la turbaba siquiera en su propósito, al que ahora se entregaba por entero, de volver de allá con su famoso tratado "de humanidad..."

Reflexionándolo bien, toda esta historia me parecía singular. ¿Cómo podría esperar el capitán Hyx que bastaría la gestión de una mujer tan sencilla y tan poco diplomática como Amalia para cambiar de raíz los procedimientos de la guerra submarina de Alemania?

En Alemania había más almirantes que von Treischke, y aun suponiendo que éste cediera, ya sabrían encontrarle un sucesor.

¿No era esto pueril? Y, sin embargo, el capitán Hyx no era en verdad un niño.

¿Entonces?...

*¡Entonces su promesa de dejar partir a Amalia me dió miedo!...*

¿Qué es lo que ocultaría? ¿Qué significaría exactamente?... Evidentemente yo no hubiera podido decirlo... Pero desde el mismo instante en que me asaltaron todas estas reflexiones, yo concebí que dicha promesa debía tener un sentido oculto, más femible aún que cuanto nos habíamos imaginado...

Esto no pasaba de ser una idea; pero me invadió hasta tal punto el espíritu, que ni siquiera oía lo que me decía Amalia y que me pareció salir de un sueño cuando la doncella vino a decirme que me llamaba el doctor.

Besé las manos de Amalia como toca un fiel con los labios una imagen de santidad, y salí al encuentro del médico de a bordo, que había vuelto a adoptar su afable y triste expresión ordinaria, y que aguardó a que estuviésemos los dos solos para decirme al oído:

—No se vaya de los departamentos privados sin haber visfó a la señorita Dolores.

No bien hubo pronunciado estas palabras desapareció, y yo me quedé plantado allí como un bobo. ¡Preciso fué que se entreabriera una puerta y que descubriera yo la asustada carita de la señorita Dolores para que volviera completamente en mí!

¿Qué podría quererme?... Y sobre todo, ¿qué nueva desgracia anunciaba este semblante de espanto?...

Dolores me hacía señas de que me acercara pronto a ella. Yo me precipité a su encuentro y ella cerró la puerta tras de mí.

Entonces me encontré en aquel salón de fumar oriental, en que había descubierto por vez primera a Dolores y a Gabriel. La joven española me rogó con voz trémula que me sentara en el diván en que la otra vez la había visto yo agradadamente tendida, mientras cambiaba fan inquietantes y aterradoras palabras con su prometido y con el doctor.

Dolores alzó una frente inquieta hacia lo alto de la pequeña escalera por donde yo había descendido, y que ponía en comunicación el salón de fumar con la galería de los órganos del vasto comedor.

Entonces advertí que Gabriel se encontraba allí, en el mismo sitio que ocupaba yo la noche en que escuché su conversación. Gabriel se inclinó hacia abajo, y le aseguré a Dolores de que vigilaba y podía estar tranquila por el momento. Podréis imaginaros que tantas precauciones no dejaban de intrigarme de un modo extraordinario, y que estaba impaciente por saber de qué o de quién se trataba.

Sentándose junto a mí, y comprendiendo sin duda mi impaciencia, Dolores me dijo al punto en voz baja:

—Prométame, ante todo, que lo que va a decirse aquí permanecerá absolutamente secreto entre nosotros.

—Se lo juro, señorita.

—Pues bien; sepa usted que mi prometido y yo nos hemos apiadado de esa pobre señora y de sus hijitos. Nosotros creemos que la desventurada no es responsable de nada, y sin embargo, la aguarda una suerte terrible.

—¡Dios mío!—suspiré yo—. ¿No hay que fiarse entonces de las promesas del capitán Hyx?

—Usted no ha comprendido las promesas del capitán Hyx—repuso ella moviendo tristemente la cabeza—. El capitán ha prometido “no hacer nada” en tanto que la almiranta von Treischke no haya tenido una conversación con su marido, y usted se ha imaginado al punto que por esto mismo el capitán iba a permitir que su prisionera volviera al lado de su marido. Ahora bien; eso es absolutamente falso... Lo cierto es todo lo contrario... ¡El almirante será el que venga aquí!...

—¿Y cómo vendrá aquí?...—pregunté yo atónito, pues no acababa de comprender.

—Es de suponer que vendrá a la fuerza, y que entonces podrá tener todas las entrevistas que quiera con su esposa: *¡eso ya no tendrá ninguna importancia!* Y el capitán Hyx habrá cumplido su promesa porque “no habrá hecho nada” antes de que tengan lugar esas entrevistas...

—¿Y entonces?—murmuré yo, casi sin fuerzas, aterrado por una especie de desesperada piedad que veía pintada ahora en el semblante de Dolores.

—¡Oh, entonces...—dijo bajando la cabeza y sin poder reprimir un estremecimiento—yo no sé!... No quiero saber... ¿Es que debo decirle *todo lo que pasa aquí?*... ¡No! ¿Verdad?... ¡Eso, en verdad, no me interesa siempre!... Y además usted ya debe estar informado poco más o menos, puesto que permanece en la prisión... ¡Entonces, imagínese!... *Imagínese que no puede haber verdadera venganza mientras el almirante von Treischke no esté aquí!*...

—¡Horror!...

—¡Horror, sí, porque se sabe que él adora a su mujer y sus hijos!...

—¿Qué quiere usted decir?... ¿Qué quiere usted decir?...

—¿Es que no me ha comprendido usted todavía?...

—¡No me atrevo!... ¡Señor, apiádate de mí!... ¡No me atrevo!...

—Hay que atreverse a todo, sin embargo, después de comprenderlo todo. Dése prisa a com-

prender, porque yo le digo que se le espera... *le digo que vamos a buscarle...*

—¡Es espantoso... espantoso!...

—Sí, sí, espantoso... No por él... No por él, que ha merecido todos los espantos... sino por ella... por ella...

—Entonces, ¿cree usted que cuando él esté aquí se la hará sufrir a ella?...

—¡Hacerla sufrir!... ¡Ah, señor mío! *Tienen ellos que vengar a tantos mártires...*, y en particular a *cierta mártir...*, una mártir cuyo retrato he visto yo en la pequeña capilla y que me parece más femible aún para la señora del almirante von Treischke que el mismo recuerdo de la muerte de Miss Campbell..

Yo estuve aún unos minutos sin poder hablar. La emoción, el terror me ahogaban... Yo veía ya a Amalia horriblemente perdida, presa de aquellos hombres enloquecidos, entregada al sanguinario furor de los Angeles de las Aguas.

¡Ah! ¡Qué razón había fenido al desconfiar de la palabra del capitán Hyx y de su promesa!... ¡Con qué funesta alegría, apenas disimulada, nos había engañado aquel miserable y se había burlado con una frase de la credulidad, la buena fe, la razón y el corazón de Amalia!... Así, pues, para que comenzara la horrible "ceremonia" no se aguardaba sino al mismo almirante..

—¡Señor!— balbucí yo—. ¿Permitirás que se cometa semejante crimen?

Yo cogí las manos febriles de la buena Dolores, que tan humanamente parecía compartir mi angustia, y le dije:

—Para que haya usted fenido el valor...

—Sí—dijo ella interrumpiéndome al punto y moviendo la cabeza—. El "peligroso valor"... Puede usted creerlo, señor...

—Para que haya usted fenido el valor de hacerme comprender, ver y percibir el sentido oculto de unas frases que parecían sumamente claras, preciso es que haya usted pensado que esta peligrosa confidencia podría ser útil a mi infortunada amiga.

—Sí, sí—corroboró ella lanzando una rápida mirada del lado de la escalera.

Gabriel continuaba en su puesto. Este la hizo un gesto tranquilizador; ella prosiguió en voz tan baja ahora, que en algunos momentos más bien adivinaba sus palabras que las oía de verdad...

—Sí. Es posible que usted pudiera hacer algo... En todo caso, usted es el único que podría salvarla...

—¡Hable! ¡Hable pronto!... ¡Yo daré mi vida si es preciso!...

—¡Oh! Yo he adivinado que usted la amaba... ¿Quién no la amaría?... ¡Es tan bella!... Usted no sabrá nunca a lo que yo renuncié diciéndole todas estas cosas y también lo que arriesgo. Ciertamente, me juego la vida... Sí. Que se sepa *en la pequeña capilla* que yo le he dicho todas estas cosas, y mi vida no bastaría para pagar tales palabras... Por lo tanto, haga usted lo que haga, sea prudente. ¡Séalo por usted, por ella, por mí, por todo el mundo!...

—¡Oh, señorita! Yo se lo prometo. Se lo juro...

—En este momento yo traiciono a un hombre admirable, que *con todos sus crímenes* ha salvado más hombres, mujeres y niños que todas las declaraciones de amor universal y todas las infimaciones solemnes de la nación más grande y más independiente del mundo, enviadas de uno a otro continente por cable o telegrafía sin hilos. ¿Me oye usted, señor?... No sólo le traiciono a él... *sino que me traiciono a mí misma...* Y hasta tal punto, que el joven que está allá arriba velando por nosotros y por mi traición, nunca me perdonaría si algún día pudiera apreciar todo mi heroísmo... Si, señor; por ella, que es tan bella, y porque es tan bella *yo me arranco las uñas y los dientes...* ¡Tanto peor! ¡Tanto peor!... Se lo he jurado a la Virgen, cuando esta mujer ha venido a llorar a los pies del capitán y se ha arrastrado en toda su belleza con sus suplicantes pequeñuelos!... He jurado hacer todo lo posible por salvarlos... aun cuando para ello *hubiera que salvar al otro...*

Yo la escuchaba... ¡Oh, cómo la escuchaba! Por fin, a través de tan horribles misterios, empezaba a coger el hilo gracias al cual quizás pudiéramos salir de este laberinto de suplicios... En suma, ¿qué es lo que había que comprender? Había que comprender que nada estaba perdido, es decir, que todo se demoraría mientras *el otro no estuviera aquí.* Había, pues, que *salvar al otro...*

Esta vez Dolores vió que yo la entendía y entonces me dijo:

—El capitán no tiene ninguna razón para re-

fenerle a usted aquí. Usted ha venido aquí por pura casualidad, y además es usted neutral. Por otra parte, él no teme ningún género de publicidad. Al contrario, la busca cerca de ciertas gentes... Hasta la organiza si llega el caso... El único secreto que quiere conservar es el de sus operaciones en el momento en que las realiza... Pero él no desea en modo alguno que no se sepa en el mundo lo que pasa en su navío... Con tal de que ciertos boches se aterroricen está satisfecho. El no solicita la aprobación de nadie. Dice con satisfacción: *Dios y mi bandera negra.*

Dolores se detuvo un instante, suspiró, se enjugó una lágrima en el ángulo de los párpados y prosiguió:

—Vaya a ver al capitán y dígame que desea usted que le desembarque lo antes posible... ¿oye usted?... lo antes posible... pues yo creo que corremos *hacia el otro... y ya es hora de prevenirle...*

—¿Cree usted que el capitán accederá a mi demanda?

—Ya le digo que no tiene ninguna razón para retenerle. Y además él respeta siempre el derecho. Usted tiene derecho a que le desembarque, y él le desembarcará... y entonces...

—¿Y entonces?

—Pues bien, entonces no perderá usted un minuto. Correrá usted al sitio donde se encuentre el almirante...

Aquí Dolores se inclinó a mi oído.

—... y le dirá usted que desconfíe de *todo lo que pueda venirle de arriba...* Le dirá usted, entre

otras cosas, que los seis burgomaestres desaparecidos fueron cogidos por la noche por gentes que venían de arriba y que les metieron en una cárcel aérea que puede correr mucho, puesto que las seis ciudades fueron privadas de sus seis burgomaestres en la misma noche...

—¡El automóvil-hidroavión!—exclamé yo.

—¡Chis! Por lo tanto... que desconfíe del automóvil-hidroavión... Que desconfíe de todos los aparatos, de los que se deslizan por el aire o por la tierra y de los que corren bajo las aguas. Pero ya no quiero decirle más nada, ni una palabra más...; no, ciertamente, ni una palabra más... Preferiría morir... Ya he traicionado de sobra a los demás y a mi misma... Ahora todo depende de usted, señor; de su habilidad, de su modo de conducirse con el capitán y de su manera de hablarle... *Después de todo, él es hombre* —lo que ella decía era harto propio de una mujer—, y hay palabras a las que un hombre, aun cuando se halle colocado por encima de la humanidad, siempre es sensible... No quiero decirle (es usted demasiado inteligente para que le hablara así) que le "halague usted en su manía". Tal expresión sería desesperante; pero sí le digo que se atreva usted a mirar cara a cara su obra delante del Hombre. A él le gusta que uno se interese por su obra, aun cuando sea para maldecirla. Intente usted elevarse un poco hasta él y quizá se lo tenga en cuenta... En fin, lo principal es que le desembarque a usted lo antes posible... lo antes posible...

En cuanto hubo pronunciado estas palabras

Dolores se levantó y Gabriel descendió rápidamente la escalera.

Al mismo tiempo oíanse por todos lados timbres eléctricos.

—¡Márchese! Que no le encuentren aquí con nosotros—me dijo Dolores empujándome hacia la puerta que conducía al departamento de Amalia.

Allí tropecé con el doctor, al que le pregunté lo que significaba aquel ruido insólito de timbres eléctricos. Y él me contestó:

—No es nada. Es el zafarrancho del combate.